

SEGUNDO PUESTO

Cual recuerdo de una guerra, cual sueño de un artista

Andrés Felipe Caro Pérez
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
andres.carop@uniagustiniana.edu.co

La vida en la carretera, yendo de pueblo en pueblo, intrigado por las cosas que veía tras la casi siempre sucia ventana del bus de la pequeña compañía de teatro donde fui a parar. No podía dormir, así que lo único que hacía era pensar en cómo había terminado aquí y en lo afortunado que era de haber descubierto a qué lugar pertenecía. *Madame* Seberg siempre se sentaba frente a mí mientras murmuraba las cinco líneas que siempre decía antes de que el *show* empezara; se sentía aterrada de olvidarlas. 55 años desde que empezó este grupo teatral y aun así el miedo la carcomía por dentro. Esta vez íbamos rumbo a París, ya que, inesperadamente, habíamos conseguido un *show* en una gran ciudad; claro, era un teatro de mala muerte y no iban a asistir más de 100 personas, pero algo era algo y no podíamos dejar pasar la oportunidad.

Llegamos dos días después de la fecha propuesta, ya que el bus paraba más de lo que avanzaba y *madame* Seberg se quejaba más de lo que ayudaba. Éramos solo doce que cumplíamos los roles de actores, directores, escritores e incluso diseñadores, todos sabiendo que apenas si teníamos los instrumentos para dos personas; pero, como siempre, replicábamos “todo sea por el amor al arte”. Todos empezamos a ensayar las líneas de una obra que llevábamos actuando desde que llegué a la tropa, nos sabíamos nuestros papeles al pie de la letra, pero siempre *madame* Seberg nos impulsaba a improvisar, cosa que era vital para que el *show* brillara, al menos tanto como pudiese brillar.

Cuántas veces desee estar aquí mientras estrellaba mi cabeza contra el escritorio de mi anticuado trabajo; organizar papeles, pasar números, contestar teléfonos, volver al trabajo, volver al trabajo, mirar hacia la ventana y querer volar. Mis compañeros de teatro eran brillantes y sobre todo me entendían. Ellos también pensaban lo mismo que yo, ellos también admiraban la libertad donde muchos sólo veían a un grupo de vagos intentando lograr los sueños de nuestra lejana infancia; bailábamos y saltábamos por todo el

lugar, reíamos, nos tirábamos al piso y de repente todo era como siempre había querido, todo era perfecto. *Madame* Seberg se alistaba siempre con su gabán rojo antes de darnos la autorización de salir al escenario; esta vez decidió cubrirlo con tintes dorados, supuestamente para impresionar a las delicadas personas de París, aunque todos sabíamos que quienes asistieron no iban ni siquiera a pagar más de lo que costaba un dulce.

De repente, en medio de los ensayos, escuchamos un estallido, salimos a mirar y notamos aviones en los cielos que, cual coreografía, parecían estar invitando a todos a algún lugar. Corrimos tras ellos y los notamos desaparecer entre las nubes. *Madame* Seberg sabía qué estaba pasando, pero decidió no decirnos nada, nos gritó amigablemente y nos invitó a regresar a los ensayos; todos entramos preocupados pero el propio teatro hizo que nuestra felicidad continuase.

¡Tomás!, ¡Tomás!, gritó el viejo Depard desde la ventana de enfrente del teatro, así que solo pude correr a ver qué sucedía. *Madame* Seberg ya se encontraba allí, ambos me miraron con una pequeña sonrisa antes de decirme que un importante productor teatral me había visto en los ensayos y quería que audicionara para interpretar a su próximo protagonista en una nueva obra; quedé sorprendido, no lo podía creer, abracé al viejo y le dí un beso a *madame* Seberg, y tal como cuando era un niño pequeño, empecé a saltar, tumbé unos papeles y unos esferos, pero no importaba; aun así, todo era exactamente como lo quería.

Los días pasaron y mi felicidad se tornó en angustia, angustia de que tanto el *show* como la audición salieran tan perfectos como un atardecer parisino. Me quedaba hasta altas horas de la madrugada repitiendo mis líneas, contando y contando los minutos hasta que llegara mi gran momento; *madame* Seberg se sentaba a mi lado y me cantaba entre diez copas de vino. Un día me dijo que ella confiaba en mí, que le recordaba a ella, así que hiciera las cosas, que nunca dudara, que lo hiciera.

Finalmente llegó el día de la audición, llegué a un edificio en la mitad de la ciudad; era alto, gris e imponente. Yo no sabía qué hacer, así que pregunté y me enviaron al piso tres; subí y noté cómo no había nadie más, así que tomé asiento y esperé. Tras unos cuantos minutos, escuche una voz llamándome desde el otro lado de una puerta blanca, me invitaba a pasar. Era hora de mi audición, estaba nervioso y a punto de abrir la puerta, cuando de repente volvieron a sonar los aviones, era un sonido mucho más fuerte que la última vez, tanto que quedé congelado. No fue hasta que me volvieron a llamar que abrí la puerta y pasé a la audición.

Era un monólogo, era extenso, lleno de palabras complicadas y, claro, no había espacio para improvisar, pero simplemente sentí cómo todo era exactamente de la forma en la que lo había soñado desde que era un niño; los impresioné, rápidamente me dieron el papel y me dijeron que debía volver en una semana para empezar con los ensayos. Estaba bajando para salir corriendo y contarles a todos en la tropa de teatro, cuando una secretaria me pasó un memorándum y me dijo que lo llevara al piso de arriba. Yo solo la miré extrañado y supuse que me había confundido con alguien más. Dejé la hoja de papel en el escritorio; al fin y al cabo, estaba lleno de felicidad y todo parecía ser perfecto.

Cuando les conté, todos se pusieron felices por mí, me felicitaron e incluso *madame* Seberg me regaló un pequeño broche que siempre guardaba en su abrigo mientras me repetía lo brillante que iba a ser, aunque claro, como era ella, no olvidó regañarme y decirme que no fuera a olvidar que el *show* era en tres días y que también tenía que salir impecable, así que no perdimos más tiempo y seguimos con los ensayos. Cada día practicábamos sin cesar, mientras los aviones aparecían. Supongo que cada vez me iba acostumbrando más a ellos, hasta el punto en el que ya ni siquiera los escuchaba.

Después de tanto, el *show* llegó, el pequeño teatro estaba lleno y todos nos moríamos por brillar, por hacer algo que valiera la pena y el

esfuerzo. Era hora, así que mientras escuchábamos como *madame* Seberg repetía sus ya conocidas palabras a la audiencia, nos dimos un abrazo y salimos a sorprender al público. Todo parecía salir perfecto, todos reían, aplaudían y lloraban tal como lo queríamos; éramos, al menos en ese teatro, la sensación más grande del universo.

De repente llegó el momento de mi escena en solitario. Era un pequeño soliloquio sobre cómo mi personaje había llegado a volverse un hombre pobre. La gente estaba encantada con mi actuación y yo solo podía sentir cómo lo había logrado; tantos años en esa silla de oficina, leyendo, contando y pasando memorándums se sentían lejanos en este mundo que había creado. Estaba a punto de terminar mi escena cuando de repente me quedé congelado; vi a lo lejos a una persona que me empezó a gritar, era la misma secretaria del edificio donde había hecho la audición; intenté no concentrarme en ella y seguir con el show, pero no pude, las palabras no salían. De repente, se escucharon los aviones, esta vez no solo pasaron, sino que, cual recuerdo de la guerra, empezaron a bombardear el teatro. Todo el público salió corriendo y yo quedé solo en el escenario.

Miré a todos lados y no vi ni un alma, ni siquiera a la tropa, ni siquiera a *madame* Seberg, nadie. Supuse lo peor, todo había terminado, ya era mucho tiempo, ya tenía que regresar. Fue así como finalmente escuché unos pasos detrás mío, volteé y era la secretaria, quien se quedó mirándome con decepción; me paso la hoja con el memorándum y me dijo que volviera al trabajo. No tuve más remedio que aceptarlo, sentarme nuevamente en mi escritorio mientras escuchaba el sonido de las teclas que se replicaban como las mismas bombas que acabaron el *show* y, sobre todo, volver a mirar hacia la ventana al mismo tiempo que pensaba que algún día todo eso se iba volver realidad pero que, por ahora, la razón por la que parecía un sueño era porque lo era, era mi más grande sueño.
